

LA SANTA CAPILLA.

En los cuadros de los pintores antiguos están representados generalmente los artistas de la edad media arrodillados a los pies de Cristo con una catedral ó un monasterio en la mano, como si arrancasen por un momento de la tierra para enseñársela á Dios, la casa que le habían construido. Este símbolo dulce, al par que grave, le recuerda siempre el que vea la *Santa Capilla*. Parece una mezquita árabe comprendida entre los regalos hechos á San Luis por un califa amigo, y traída por él al regreso de una cruzada, cubierta aun de arena del desierto, para trasplantarla entre la nieve y el lado de París. Consultaremos la crónica de su fundación, y se verá que esta metáfora es casi una verdad.

En 1259, Baudouin, emperador de Constantinopla, se hallaba sin dinero y sin recursos ante una invasión temible de húngaros que amenazaba á su capital. En tal conflicto el emperador hizo servir la corona de espinas de Jesucristo para rescate de su corona de oro. No fué al papa á quien se la ofreció, sino al que sus contemporáneos proclamaban «mas santo que los sacerdotes.» es decir, al rey de Francia. San Luis la compró en la cantidad de 160,000 libras. «La recibieron, dice un cronista, como se hubiera podido recibir al mismo Cristo.» Una embajada de obispos y barones salió á buscarla. El mismo rey salió á su encuentro hasta el pueblecillo de Sens, y la acompañó hasta París, en donde, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, y con una soga ceñida á la cintura, la llevó á la iglesia de Nuestra Señora. ¿Qué cabeza pudo haber mas digna de ceñir la corona sagrada y ensangrentada de la Pasión que la que había derramado su sangre durante veinte años bajo el casco de las cruzadas?

Su embargo, Baudouin le había tomado el gusto á su comercio simoníaco. La capilla imperial de Constantinopla poseía aun gran parte de los despojos del Calvario. Propuso á San Luis otra adquisición, y

fué un espectáculo singular el de un emperador cristiano convirtiéndose en mercader de reliquias, serrando el árbol del Gólgota, despedazando la túnica del *Eccó-homo* y el sudario del Santo Sepulcro, traficando vergonzosamente á la faz del orbe cristiano con la herencia de su Dios! Un prendero judío que hubiera comprado por mayor á Pilatos la víspera del Viernes Santo los instrumentos de la pasión, para venderlos al por menor á los discípulos y á las santas mujeres, no se hubiera hecho mas digno de vituperio!

La edad media se escandalizó, y el mismo San Luis vaciló. Pero la tentación era harto fuerte: arrojó avos de oro al griego en su contrato judaico, y la lanza de Longinos, la esponja empapada en hiel, y la caña de la coronación burlesca, fueron á formar un trofeo religioso con la corona de espinas. Entonces fué cuando mandó construir la Santa Capilla á Eudes de Montreuil que le había acompañado á las Cruzadas.

El cristianismo oriental de las cruzadas no tiene tipo mas exacto y esquisito que aquel relicario brillante de piedra. Al ver su arquitectura fina, delicada y esvelta, llena de audacia, de espontaneidad y de capricho, se conoce al instante que es un producto puro y perfecto de la arquitectura árabe, que parece tomar siempre por modelo la tumba de Mahomé, suspendida eternamente en la atmósfera de iman de la mezquita de Medina. La iglesia es muy fuerte; pero no se tiene ninguna idea de su fundamento y cimientos al penetrar en el piso bajo de ella; las frágiles columnas que la sostienen demuestran una audacia loca y atrevida hasta el último extremo. Al subir á la capilla superior, todo apoyo, toda ley geométrica desaparece. Delgadas columnillas recorren la pared como ramas de yedra petrificadas; ningún obstáculo estorba las miradas que se dirigen al instante al azul constelado de la bóveda, y hacen creer al espectador que está

haja la influencia de algún sueño al ver que los vidrios de colores constituyen por sí solos más de la mitad del edificio! Estos vidrios son quizás los más admirables y hermosos que nos ha dejado la edad media. Su color dominante es un rojo subido. El antiguo y el nuevo Testamento están allí completos, pintados capítulo por capítulo sobre aquella tela limpia y transparente. Iluminación mística y maravillosa! Los ojos de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y de las vírgenes brillan la luz á la nave. La ley antigua y la nueva se alumbran la una por la otra. Una vez brillante y otras sombrío, el libro sagrado brilla siempre por algunas páginas. Cuando se apaga el Génesis, se enciende la Apocalipsis, y al hablar de la Santa Capilla se puede decir sin metáfora que el sol penetra en ella al través de la Biblia.

Lo que sorprende particularmente en estos vidrios es su altura prodigiosa. Forman casi la mitad del edificio, y sin embargo han resistido á los embates del viento. Hace ocho siglos que los azota el viento, y no ha conseguido abrir aun en ellos ni la más mínima brecha. Cuando hizo Eudes de Montreuil su viaje á ultramar, no pudo hacer tal vez un pacto con alguno de aquellos nigrománticos orientales que encerraban á las sultanas en torres de vidrio transparente y sólido como el diamante, que hubieran estado recibiendo todo un día los golpes repetidos del ariete sin salir ni una culpa? Se inclina la imaginación á creerlo al ver aquella arquitectura frágil y paradójica en que la piedra es tan fina, que parece cristalizada, y el vidrio tan duro, que parece petrificado.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que el arquitecto debió asustarse de su atrevimiento y arrepentirse de haber construido una iglesia, como el operario que fabrica una copa con su soplo vigoroso. Rouillard refiere que la Santa Capilla en los primeros días de su existencia oscilaba sobre el terreno al menor impulso del viento, como se balancea el frágil barquichuelo sobre las olas. El campanario temblaba con los sacudimientos de la cuerda que agitaba el sacristán, y seguía los movimientos de la campana. Fue tan grande el miedo de ver caer el edificio encapado, que todos los operarios que habían trabajado en él emigraron al extranjero temiendo que les bichieran aprender las leyes de la gravedad en el extremo de una horca. Sin embargo, el tiempo ha dado la razón á la temeridad de Eudes de Montreuil: la iglesia frágil y oscilante se ha sostenido, y se ha visto que aquella flor de Oriente tenía raíces de corpulento roble.

San Luis colmó de riquezas y privilegios á su Iglesia prefliberta. Instituyó para su servicio un clero particular que dependía directa y únicamente del Papa, y que se componía de diez y siete curas, de los cuales cinco eran canónigos, cinco sub-canónigos, cinco clérigos y tres mayordomos de fábrica. Los asignó rentas considerables, las que fueron aumentadas en algo por casi todos sus sucesores. La iglesia ha sido servida por un vicario perpetuo nombrado por el tesorerero. El tesoro de la Santa Capilla era de una magnificencia que rayaba en fabulosa. El catálogo espléndido de sus riquezas deslumbraba la vista, como si penetrara en el interior de los armarios inmensos de las catedrales góticas, especie de minas de ébano esculpido que contenían los adornos santos de las fiestas de Navidad y Semana Santa. Además de la urna grande de bronce sobredorado que contenía las reliquias vendidas por Baudouin, se veían relicarios de oro macizo, viriles recamados de diamantes, misales con encañonaciones guarnecidas de perlas, hilarios recargados de carbunclos, cálices, custodias, copones, cruces, bustos de oro, de plata, de marfil y de cristal. Parecía que se leía el inventario del templo de Salomón.

Pero la joya principal, la perla de todas estas joyas era la famosa apoteosis de Augusto, doble maravilla, en cuya confección había sido la naturaleza colaboradora del arte, y que es al mismo tiempo la figura más hermosa y el esmalte más notable que pueda hallarse en el universo. Traída de Constantinopla con la corona divina, se creyó por mucho tiempo que representaba el triunfo de José en Egipto. Estaba colocada sobre un pedestal guarnecido de reliquias, y la canonización pagana unida sencillamente á la cristiana, se exponía en los días de fiesta al culto y veneración de los fieles, hasta que en 1619 el sabio y erudito Petreus conoció el arcano verdadero que representaba. Hoy en día el emblema de la apoteosis de Augusto se halla en el gabinete de antigüedades de la Biblioteca Real.

Al construir la Santa Capilla, San Luis quiso crear un oriente cristiano que le recordara la patria de su fé y de sus ilusiones. Había dado á las calles que rodeaban la Santa Capilla, nombres de los puéblitos y aldeas evangélicas: Betán, Galilea, Jerusalem, todo un raión de la Judea estaba embudido en París á la sombra de la Santa Capilla. Allí era donde trataba de adormecer la profunda tristeza de su alma, consumida por la nostalgia de la Tierra Santa. Allí se ve en un ángulo de la iglesia la celda reducida que le servía de oratorio. Los viernes santos sacaba de la urna la corona de espinas y la mostraba á su pueblo. Pero estas evocaciones no podían curar aquella alma, enferma de amor religioso. Pronto llegaron hasta él los gritos de dolor que

profirían en el fondo de la Palestina: los peregrinos referían la humillación de Jerusalem, que había vuelto á ser musulmana. Esto era demasiado: el hombre del Gólgota se había crucificado en el reverso de la Cruz, y se desangraba por todas las heridas de la cristiandad. Empezó de nuevo el camino del Santo Sepulcro, ese objeto místico por cuya consecución se habían perdido treinta ejércitos en las arenas de los desiertos, y donde él mismo fué á calmarse con la última cruzada.

La revolución fué una época terrible para la Santa Capilla; y sin embargo, la delicada basílica que parece que debiera haber saltado como vidrio al primer roce de aquellos brazos tan rudamente destructores, que solo con unirse hacían reclinarse las Bustillas; ha sobrevivido á su arrebato. El motín la manchó, la machitó, la violó; pero no la dió la muerte. Pero si las heridas no fueron mortales, en cambio fueron profundas. Las esculturas delicadas y misteriosas del pórtico, que tanto han dado que pensar á los hermélidos, fueron arrancadas brutalmente para dejar su lugar al evergo sombrío con que la república purificaba todo, lo mismo una catedral que una moneda de cobre. Las estatuas de santos, de obispos y de reyes, que adornaban las dos naves, fueron todas decapitadas; las primeras por sus aureolas, las segundas por sus miras, y las últimas por sus coronas. En la imparcialidad ridícula de su inabundante cólera, la revolución cortaba lo mismo las cabezas de mármol que las de carne; y la guillotina del cantero trabajaba tanto entonces como la del verdugo. Después que el edificio estuvo convenientemente purificado, le transformaron en depósito de archivos.

La restauración de la Santa Capilla se ha efectuado con la regularidad posible. El museo de la *ville des Paris-Anglais* era en la época del terror el paupero de las estatuas mutiladas; han encontrado en él muchos trazos del edificio amputado, que ha resultado lentamente miembro por miembro. Las estatuas de los españoles se levantan de nuevo sobre sus pedestales; las columnas toman otra vez su vestidura dorada, cuyo dibujo borrado y rascado ha tratado de adivinar el artista. La noche oriental que estrellaba la bóveda, despojada de la nube asquerosa de vermellón y almazarrón que la ofuscaba, ha vuelto á resplandecer. Algunos vidrios han sido borrados y otros se han roto, y se ha abierto un concurso para su restauración; pero será esta fiesta incompleta, porque hemos perdido el secreto magnífico de cristalizar el arco iris. No se puede formar aun un juicio definitivo del conjunto de los trabajos, pero hasta ahora parecen concebidos y ejecutados con inteligencia y gusto. Desseamos que prosigan así, y sobre todo que no se construya en lugar de restaurar. Los anacronismos de piedra son los peores. En la frente de un monumento antiguo y venerable, vale más ver una herida que un emplasto.

LA HISTORIA DEL GENIO.

Ars longa, vita brevis.

VITRUVIO.

Kour tout poudre il faut tout sentir.

LA MATHIEU.

Chaque pas que l'enfance en se sabbant
voit par un douleur est compte.

VICTOR-HUGO. Le Poete.

Si recorremos una por una las páginas de la historia del mundo, vemos inscritos en ellas mil nombres que, repetidos de boca en boca en el transcurso de los siglos, van creciendo en esplendor al través de tantas generaciones, hasta que el último día de la humanidad apague para siempre su fastuoso brillo. Señájanse á las olas del mar agitado que aumentado de volumen á medida que recorre la extensión del océano, vienen por fin á desahucarse sobre las arenas de una remota playa. Esos nombres, esparcidos como al azar entre las sombras del pasado, son el faro de las futuras inteligencias erigidos en las alturas del mundo intelectual. Verdaderas pirámides de la historia puestas de trecho en trecho para imprimir á ese gran libro un sello eterno que sin eso no tendría. Ese sello es el de la mano de Dios sobre la frente del hombre;... es el culto que la humanidad tributa al genio sobre el altar de la historia. ¡El genio! ¡Emancipación celeste que identifica la divinidad con el hombre! ¡Luz invisible que une la vida con la muerte, lo precedero con lo eterno! Pero, desposed á esos nombres del brillo que los reviste; hundidos con ellos en los tiempos en que florecieron, penetra en los pliegues del

corazon de los que los llevaron, y venas sus arterias cortadas por la caña del dolor y del desengaño. ¿Creeis que el talento sólo lleva en pos de sí la felicidad y la ventura? ¡Triste error! Los grandes hombres son como el sol: su luz deslumbra y no se pueden observar sus manchas. Colocad por un momento ante vuestra vista el lente escrutador de la severa crítica y recordad los pasados siglos. Allí veis á Aristarco acusado de irreligioso por haber determinado la distancia del sol á la tierra; á Tyco Brahe perseguido por los Aristotélicos por explicar varias leyes astronómicas hoy día reconocidas; á Galileo sentenciado á reclusión perpetua por defender el movimiento de la tierra; á Campanella aplicado el tormento por afirmar la multiplicidad de mundos; á Regiomontano asesinado en Roma por envidia de su saber.

El mundo está lleno de semejantes ejemplos y la historia del genio no es otra cosa más que un inmenso catálogo de mártires. ¡Terrible condición la del talento! Cada haz de luz que derrama sobre la tierra para fecundizarla, es un dardo de fuego que lanza sobre su cabeza. La ignorancia, la preocupación, el fanatismo, esos tres poderosos enemigos de la inteligencia, se opusieron siempre con tenaz empeño al progreso intelectual, y amantados con los errores de otro tiempo, crean impiedad, sino blasfemia, al disipar esos errores con la luz de la verdad; de ahí el que Aristóteles hubiese abandonado á Atenas denunciado como irreligioso por el sacerdote Eurimedon; de ahí la horrorosa prisión de Rogerio Bacon, acusado de magia por haberse separado de las ideas de los filósofos contemporáneos; de ahí el afrentoso castigo de Prínell por haber afirmado la estabilidad de las estrellas; de ahí, en fin, la hoguera levantada por Alejandro VI para quemar á Savonarola por haber escrito su *Tríumphum Crucis* cuya obra sirvió siglo y medio mas tarde, para que le diesen el renombre de santo.

Por eso el árbol de la gloria nace siempre sobre las cenizas del genio y este jamás logra trauchar una de sus ramas para ornar con ella su abatido frente. ¿Qué importa que el hombre, arrastrado por fogosas y recientes impresiones, coloque sobre la frente de sus héroes las coronas que leje en su entusiasmo, si entre sus hojas se ocultan siempre numerosas espigas que han de abrasar la frente del razonado? ¿Qué han hecho si no con Arquimedes, ese hombre genio-pédico que decía á Hierón: *da mihi punctum et terram movebo*, mirado como divino por sus contemporáneos y asesinado en su aposento cuando meditaba un plan para salvar su patria? ¿Qué con Miledias, acogido en todas partes con la palma de la victoria y sepultado después en una prisión para aguardar en ella su muerte? ¿Qué con Napoleón, proclamado como un Dios sobre la tierra y olvidado mas tarde en el remoto peñón de santa Elena?

¿Sin duda que la sociedad crea patrimonio suyo la inteligencia de sus grandes hombres! Sin duda cree suyo el derecho de atormentarles y arrancárselos la vida como lo ha sido el darsela. ¡Funesta idea! Nada es suyo sino la gloria que le cabe al abrigo de su seno, como lo es también el menosprecio de sus descendientes si han comprado esa gloria con las lágrimas de un nuevo marlin. ¿Por qué, pues, habeis ultrajado el talento? Por qué habeis ocultado sus cenizas á las generaciones posteriores? Nosotros tenemos derecho á demandárselas. En donde están los restos de Homero, de Cervantes, de Camoens, de Boccaccio, del Gran Capitán, de Cortés, de Lope de Vega, de Herrera, de Solís, de Moreto, de Teller, de Velazquez, de Mme. Collin, de Mirabeau y de otros mil confundidos para siempre entre el polvo de nuestros antepasados. ¿Creeis que basta á su memoria el monumento de sus obras? No; porque ese monumento le habeis reducido á pavesas cuando no estaba construido con las reglas de vuestro capricho y vuestra ignorancia. No, porque la presencia de las cenizas de un genio puede dar nacimiento á otro. ¿Quién sabe las ideas que habrán brotado en el cerebro de Napoleón al ver delante de sí el sepulcro del Gran Federico, al coger entre sus manos la espada de aquel rey-soldado? ¿La humilde tumba del Tasso, un es deudora á Lord Byron de una de sus mas sentidas composiciones? La Francia enemiga en su diadema literaria una de sus mas brillantes perlas nacida sobre las tumbas de distinguidos héroes.

Desviados un poco de nuestro objeto hemos dejado á los siglos de la antigüedad sin desenterrar de sus páginas los hechos que á las nuestras nos atañen. Tomemos desde la creacion del mundo la esposicion de esos hechos. Los primeros capítulos de la historia están envueltos en las sombras del misterio, como lo están los primeros siglos de la vida humana; pero en medio de esa incertidumbre histórica, en medio del oscuro horizonte del tiempo, brilla un astro puro y radiante como el sol en el horizonte del mundo. Este astro es Homero. Coloso de la inteligencia que marcó con su brazo la senda del saber y el camino de la desgracia. Cantando los versos de su inmortal Iliada recorria los pueblitos de la Grecia para ganar un miserable óbolo. Después de Homero, todos los filósofos griegos, todos los profundos oradores, todos los hombres distinguidos de esa na-

cion, una de la civilización del mundo, sufrieron por su talento las mas crueles privaciones y algunos de ellos la muerte. Digadlo sino Arquiloco, cuyos versos fueron prohibidos en Atenas; Esopo, que después de haber vivido en la esclavitud murió despreciado en Dellos; Anaxágoras, condenado al ostracismo por intrigas del famoso Pericles; Amatágoras, acusado de querer explicar las obras de Dios y encerrado en una prisión; Sócrates, sentenciado á muerte y envenenado; Platon acusado por las alusiones de sus escritos; Demóstenes silbado en la tribuna y abofeteado en público. No he concluido todavía; la historia del genio es un manantial inagotable de semejantes hechos. Después de algunos de los sabios que hemos citado y cortamos de otros, aparece el divino Sofocles, uno de los escritores mas feroces de la antigüedad y del cual sólo muy pocas obras han llegado á nuestros dias. ¿Acaso hayan hecho con ellas lo que con las obras de Arquiloco y de Protágoras! ¿Acaso hayan servido sus ilustres páginas para iluminar la plaza pública de Atenas! Sofocles, pues, acusado de demente por sus hijos, compareció ante el Arcopago, ante ese inflexible tribunal que hizo justicia al poeta trágico condenando á sus detractores al aprobado. ¡Primera y única victoria del talento sobre la calumnia! No sucedió así con Hipserides, rival de Demóstenes, que cayendo en poder de Antipáros le hizo mártir; con Menandro muerto de pesadumbre por verse injustamente pospuesto á todos los escritores de su tiempo; con Ciceron asesinado cerca de Formias; con Ovidio muerto en el destierro; con Teócritto, mandado degollar por Hieron, rey de Sicilia; con Pitágoras, asesinado en una commoción popular; con Anaxágoras, sentenciado á morir de hambre; con Juvenal, el primer satírico de la antigüedad, desterrado por quejarse de la miseria en que yacian los que á las letras en su tiempo se dedicaban.

cum iam celebres nolique Poete

Balnearium Gabie, Romae conducere furnos

Tentarent; nec foedum alii que turpe putarent

Præconis fieri (1)

Por eso atacaseja á su amigo Telesino que si su hijo tenía ingenio le diese la carrera de médico, y si no le hiciese pregonero. ¿Y no era mejor alquilar los baños de Roma á de los Gabios que verse, como Demócrates, encerrado en una cárcel por no poder pagar el impuesto que en Atenas se exigía á los extranjeros? ¿No era mejor hacerse músico ó pregonero que pedir una limosna, como Jeonanes en el destierro, para sostener á su familia? El mismo Juvenal se abuerda en la sátira que hemos citado de la hermosa Clío, á quien suponen inventora de la historia, que abandonando los valles de la fuente Aganipe, llamala á los palacios de los grandes mendigando su sustento muerta de hambre y de cansancio. Por eso los que en su enrañan rendian culto á esa diosa, pagaban con sus desgracias un tributo á esa divinidad.

Muchos y muy ilustres hombres hemos citado, los cuales bastarian por sí solos para probar que el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida; pero olvidaremos á Herodoto que, aun cuando su existencia sea problemática, se quiso que compusiese en el destierro los primeros libros de su famosa historia? ¿Á Píndaro multado por haber alabado á los atenienses en una de sus odas? ¿Á Sócrates calumniado y sentenciado á abrirse las venas? ¿Á Horacio confiscado su patrimonio? ¿Á Eurípides desacreditado por el eco de la envidia? ¿Á Eratóstenes... mas ¿á qué cansar á nuestros lectores con tan prolija como dolorosa tarea? Escritos están en la historia los nombres de Eurípides, Fidas, Demócrito, Aristofanes, Piteas, Esquilo, Safo, Jenofonte, César, Epaminondas, Tucídides, Bruto, Casio y tantos otros que ocultan bajo el velo de su celebridad el cuadro de sus padecimientos.

Dejemos ahora esa época tan remota como floreciente; atravesemos el Gólgatha; aunque arranqué vuestras lágrimas el ver allí espirar al mayor genio del mundo, al Hombre-Dios, y escrilámoslos según el orden con que nuestra memoria nos los reproduce, los nombres de los que llavaron en su corazon el sello del genio y en su frente el anatema del réprobo. En el mismo siglo que J. C. floreció el ilustre Plinto, general y compilador infatigable que descansa leer en sus entrañas de la tierra la causa de sus fenómenos, fué envuelto entre la lava del Vesubio que arrebató del mundo las ciudades de Nercolano y de Pompeya. Después de esta época hay un vacío inmenso en la bibliografía del saber, y las horas de muchos siglos sonaron al compás de las batallas de que era teatro el universo entero. La voz del genio se apagaba con el ruido de los combates, y los que llevaban la palma de la inmortalidad y de la victoria al frente de sus legiones, cayeron mas tarde agoviados por el peso de sus lauros. A la guerra universal sucedió la paz, al ruido el silencio y la voz impercedera del poeta cantó entonces la historia de tantas luchas. El Tasso describió la marcha de las huestes de Godofredo al través de las llanuras de la Tierra-Santa, y el autor de la *Jerusalén libertada* fué sentenciado á muerte á la edad

de ocho años y anduvo proscrito toda su vida. Ariosto, llamado por Voltaire el *mas grande de los poetas modernos*, cantó los fabulosos hechos Carolyngianos, y el autor del *Orlando furioso* hubiera muerto de hambre si el duque de Ferrara no le protejiera. Camoens concurrendo al descubrimiento de las Indias escribía su inmortal poema con la enérgica entonación de estos versos:

*Cesse tudo o que á Musa antiga canta
qu' outro valor mais alto se levanta,*

y el autor de *Las Lusiadas* abandonó á su patria con las sentidas palabras que muchos siglos antes vertiera Esquilon al salir desterrado:

Inyrala patria, non possidibis oia mea.

El vate lusitano no fué profeta; volvió á Lisboa para morir en un hospital y para que sus cenizas se perdieran entre el polvo de las pasadas generaciones (1). Ercilla pintaba la insurrección de Arauco y el primer épico español salió desterrado de la ciudad de Chile, después de haberle conmutado la pena de muerte. Y Ercilla, el poeta guerrero, el protagonista de *La Araucana*, había blandido también su espada, como Garcilaso, que cantaba sus versos de amor peleando sobre la candente arena del Africa y en su destierra en una isla del Danubio. Como Lope de Vega, insustentable ingenio que á pesar de haber recibido inmensos laureos en el campo de batalla y de la escena, legó á sus descendientes la pobreza inherente al genio (2). Como lord Byron, que después de haber sido el blanco de la gaceta de Edimburgo, fué á combatir por la independencia griega, abandonando para siempre á su patria en la cual *no quería morir*:

*...if for the and cloudy clime
Where I was born, but where would not die (3).*

Como Cervantes que regó con su sangre las aguas de Lepanto y vino á escribir á un inmundo calabozo su inmortal poema. Como Cervantes cuyas cenizas yacen ignoradas y cuya efígie han rodeado de hierros cual si no bastase á sus padecimientos la multitud de su vida. Con razón, al ver la estatua de este grande ingenio, exclamó un poeta moderno:

*Si es pedestal ó túmulo se ignora:
mas sin duda temieron que indignado
de la piedra en que está salte á deshora
segun se ve de hierros circundado.*

¡ Ah! Y si el infortunado autor del Quijote hubiera existido medio siglo antes, las páginas de su obra servirían para alimentar las hogueras de la superstición que las cortes de Valladolid levantaban para todos los libros de su época (4). ¡ Oh mares de la inteligencia que han llenado el mundo de cenizas sin tener en cuenta que sobre la lava que recdea los volcanes la vegetación es mas frondosa y mas lozana! Ellos son los que han proscrito la Biblia, ese poema universal que tiene por base el Génesis y por epítome el Apocalipsis, que tiene por cuna el primer día de la creación y por sepulcro el último de los siglos; ellos los que han querido compartir la gloria de Erostrato para llevar á la posteridad el renombre de *incendiarlos*. Por eso la corte de Roma redujo á cenizas los escritos de Juan Huss y de Giordano Bruno mientras soñaban al pámbulo estos célebres reformadores. Por eso los tribunales del oscurantismo mandaron quemar por mano del verdugo la obra del famoso historiador Mariana *«De rege et regis institutione»*. Por eso el congreso republicano de Ginebra condenó al *Emilio*, y Rousseau, el lacayo de la condesa de Verceil, abdicó los derechos de ciudadano. Por eso, en fin, los jesuitas del tiempo de Pascal, anatematizaron á este filósofo profundo. Con otros emplearon distintas armas sacadas del vasto arsenal de su rencor y su ignorancia. ¿Qué ha hecho sino un Gagliostro, que después de recorrer proscrito toda la Europa, fué denunciado á la inquisición de Roma y encerrado en el castillo de san Angelo por toda su vida? ¿Qué con Schubert, olvidado trece años en la fortaleza de Asperg, cuando había de ser mas tarde el genio tutelar de la Alemania? ¿Qué con fray Luis de Leon sepultado cinco años en las cárceles del Santo Oficio por haber traducido *el cantar de los*

cantares? ¿Qué con Harrigton, Gaudan, Vanini, Telesio, Ramus, Spinosa, Montaigne, Santa Teresa de Jesus y otros mil apóstoles de la humanidad, que han corrido perseguidos la senda de su vida, sin hallar, como los fugitivos israelitas, una tierra de promisión?

Sobre la sociedad que así ha tratado á los hombres mas ilustres de los pasados tiempos, debía recaer la execración de las futuras generaciones, como sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra ha recaído el fuego del cielo, digno castigo de su depravación y su molicie. ¿Con qué derecho nuestros antecesores han borrado del acta testamentaria de sus prohombres el catálogo de sus obras, el patrimonio de sus hijos, la herencia secular de la humanidad entera? ¿Con qué derecho han grabado sobre las puertas del saber esta inscripción con que el Dante, poeta divino, condenado á ser quemado vivo, describía la senda del infierno?

Per me si va nell' eterna dolore.

¡ Genios del porvenir! rompéd el padron de vuestra gloria si habeis de seguir la huella de vuestros predecesores. ¿A qué la inmortalidad, si ese nombre es la venda que encubre una vida de amargura?.. Arrojad al fuego vuestras obras, como Bocaccio y Figueroa antes de mendigar su luz pública como Saint Simon. Bajad á la tumba sin revelar al mundo vuestro ingenio como Andrés Chenier, antes de que os ochen de vuestra catedra como á Gall y Paracelso, ó de que os aprenden en medio de la calle por enseñar vuestras doctrinas, como á Raimundo Lulio. ¿Esperais, acaso, alguna recompensa por vuestros afanes? Acordais de Weltheys, que hizo la fortuna de los Estados Unidos y murió de miseria en un granero: de Murillo, que legó á su patria un renombre en las bellas artes, y recorrió descalzo las calles de Sevilla: de Cristobal Colon, que dió un mundo á Isabel I, y á quien la misma reina mandó cargar de cadenas. (Cristobal Colon! ¡ah! dáme la historia de esos famosos viajeros que han impreso su nombre sobre el mapa del universo. Abramos ese libro por cualquiera parte y leamos: Magallanes, rechazado de su patria y alanceado por los salvajes de Maltau: Cook, muerto á traición en una escaramuza entre los indios; Hudson, víctima de su tripulación y abandonado sobre el mar en una chabupa; Mungo Park, asesinado cuando quiso descubrir el desagüe del Nilo: Le Vallant, encarcelado como sospechoso, y próximo á subir al cadalso; Bering, La Perouse, Nuñez de Balboa, Le Maire, Dufosse, Urbille, Badia, todos han demostrado con un fin trágico la suerte reservada al genio. Y si en vez de ese libro cogemos el de los hombres que han brillado en las ciencias y en las artes: de los que con sus teorías y sus aplicaciones mecánicas han dado á la civilización un impulso gigantesco, vemos reflejado siempre el mismo cuadro, la misma imágen con colores mas ó menos vivos. Y en prueba de ello ved á Fulton espulsado de Francia como un chulatan: á Silvestre II acusado de mágico por haber inventado los relojes de muerte: á Brunel y Papin espiritizados: á Scudelbe morir en la mayor miseria: á Dolomieu sepultado en los calabozos de Sicilia: á Harbey perseguido por haber descubierto los misterios de la organización humana: á Condorcet suicidado, y por último, á Kepler, Piatre des Rasiere, Agrícola, Leibnitz, Francoeur y otros muchos que en este artículo llevamos ya citados.

En vano os queréis adogar á la inteligencia en su cuna, como es vano intentar detener á la humanidad en su marcha. Para el vuelo del pensamiento no hay cadenas, como para el giro del sol no hay obstáculos. ¿Qué importó haber sumido en boudas y lobregas prisiones á Milton, Silvio Pellico, Voltaire, Marmontel, si de la oscuridad de un calabozo ha salido la brillante aureola del autor del *Paraiso perdido*; si de la fortaleza de Spitzberg brotaron *Mis prisiones*; si dentro de los antiguos muros de la Bastilla se han escrito *La Henriada*, *Edipo*, *Los Incas* y otras muchas obras? ¡ Ah! El recuerdo de la Bastilla ha llevado mi memoria á una época azarosa para el genio y á una nación fecunda en sangrientas revoluciones. Lacroix, Malherberiz, Lavoisier, Cazotte, Baylli, Carnot, Mad, Stael. ¿Qué de nombres bullen en mi cabeza! ¡ Genios ilustres que han llenado con su fama al orbe entero, y que han sido el blanco de los vaivenes políticos de su patria! Y cuántos descendieron de la tribuna parlamentaria, el cenit de su reputación futura, para arrodillarse en el pámbulo revolucionario, e oasis de su horrazosa existencia! ¿Cuántos desde el Capitolio marcharon á la roca Tarpeya!... Apartemos la vista de semejantes horrores, aunque en el cuadro que intentamos bosquejar no hallémos donde fijarla sin estremecernos.

Y en verdad, ¿á dónde dirigimos que veamos al genio sobre los altares de la estimación pública? ¿Le hallaremos en la escena; en ese digno-estipio social sobre el que Maizaga reprodujo las costumbres de su época, caminando mas tarde para el deshielo, fello de salud y de medios de subsistencia? Quizá bajo la máscara de Thalia se oculte la alegría de Momo. Alcomos el telon de las reputaciones dramáticas. En el proscenio vemos á Shakespeare salvado en un teatro de provincia: á Calderon reputado por *loco* después que ha escrito *la vida es sueño*: á Goethe leyendo del mundo para encerrarse

(1) El terremoto que acaó á Lisboa en 1755 hizo desaparecer la república de Camoesa bajo las ruinas de la iglesia de santa Ana. Despues nadie se acordó del depósito que aquello ignota contenía.

(2) En su testamento, otorgado la víspera de su muerte, se le ha siguiente: «... y la dicha mi mujer traiga por dote suyo á mi padre 22,382 rs. de plata dulce, y yo la herencia de mis 500 ducados, de que diérgo escritura á mi Juan de Pina, y de mis dos herederos á don Juan Feliciano Poliz del Carpio, mi hijo único y de la dicha mi mujer...»

(3) «El claro que la dicha don Feliciano, mi hijo, está casado con Luis Pastora, y al tiempo que se trató debía sumamente al año 3000 ducados de dote, suponiéndome su dote la que á dicho mi hijo le toca de su dote mismo... y respecto de haber estado ya casado no he podido ni satisfecha por como de la dicha dote maravilla ni otro cosa alguna...»

(4) Byron—The prophet of Babel. Dedication.
(5) En las obras de Valladolid de 1852 se halla (página 107) que en algunos de los datos que habia hecho y hasta á los hombres mas y doncellos y otros primeros de guetas han libros de mujeres y cometas como un Anónimo y todos los libros que después de él se han impreso de su actividad y hechos y otras y largas de sucesos... (6) La 22. que ninguna de estas obras, ni de otras semejantes, se ha ni impreso en 70000 panes, y por qué clara ley los manda recoger y quemar, etc.

en el castillo de Weimar. En segundo término aparecen: Corneille, el gran dramático de Luis XIV, suspirando por alimento antes de espirar; Lope de Vega, que pide en su testamento un empleo para su hijo político; Sabage entregándose á la corrupción para olvidar su miseria; Racine salvado en su tragedia *Fedro*; Moratin, que abandona á su patria y exhala su postrer aliento en país extranjero; Moliere, que lleno de disgusto espira haciendo el papel de *el enfermo imaginario* en su comedia de este nombre. ¡Ah! Los bastidores de la escena teatral simbolizan la escena del mundo: á lo lejos la ilusión asombra: de cerca la verdad conmueve.

¿Hallaremos la felicidad del genio en el seno de la vida privada, en los brazos del amor? No; porque allí nos encontramos con el *thal fatal* del cantor de Childe Harold y los nombres de Macías, Rodriguez del Padron, Polarca, Byron, Schulte y Larra nos demuestran lo contrario. ¿La hallaremos en la festividad de su estilo? Ved á Eljenne Joui, que bajo el seudónimo de la *Chaussée d'Antin* describe las costumbres de su época, abandonando á la Francia por no sufrir el patíbulo. A Quevedo, que despues de siete años de encierro escribía con la hiel en el corazón y la risa en los labios el sabido romance:

*París me adrede mi madre:
Ojalá no me pariera....*

A Walter Scott, sucumbiendo bajo el peso de los trabajos que se había impuesto para reparar su fortuna. A Lafontaine, que habiendo caído en la miseria si M. La Sabliere no le tendiese una mano protectora. A Larra, que salpicando de gracias sus inmortales artículos, describía de una pluma de corazón del hombre, leyendo en el suyo este espantoso letrero: *aquí yace la esperanza*. Larra, que con un escepticismo devorador solía exclamar: *mi vida es una cadena de males*, y que por eso rompió sus eslabones con el plomo mortífero de una pistola. ¡Genio infortunado que debe á la amistad el oscuro asilo en donde reposa, y á la imprudencia un epíteto que pesa sobre sus cenizas!

Recorriendo los relieves de la Historia, trazando nuestra pluma los contornos de las figuras que mas en sus páginas sobresalen, hemos llegado al siglo actual, y si bien citamos algunos personajes que en él han florecido, otros nos quedan todavía para dar la última pincelada al primer término de nuestro lienzo. Tomemos de la paleta las tintas del dolor y escribamos el nombre de Espronceda! El Byron español que, semejante á un meteorito atravesó raudalmente la órbita de su existencia para dejar en pos de sí un rastro de luz radiante, inextinguible. *Desaparecer á tiempo del mundo es una de las condiciones de la gloria*, us dicho Chateaubriand; y la gloria del autor del *Diablo mundo* ha acrecido con su muerte prematura. Víctima de las discordias civiles, empujada en la flor de su edad, arrojado en las playas de Lisboa el pequeño caudal que le restaba. Las continuas vicisitudes de su existencia agostaron su cansado corazón, y lleno de esperanzas murió como Chénier, golpeando su cabeza y exclamando: *¡Es lástima! ¡Alas! ¡viva yo aquí!*

La Rusia posee tambien su Byron, que ha llamado Lamortoff; genio destinado á heredar el talento y la trágica muerte de su antecesor Pushkin. La Alemania perdió á principios de este siglo al fecundo Goethe, asesinado por el estudiante Sand; la Hungría á Carinny, encerrado durante siete años en las prisiones de Vison, y mutilado sus obras por un infame tribunal.

El dejemos el terreno de las letras para entrar en el de la ciencia política, veremos á Pitt en los mayores de Pulleney, abrumado de deudas y muriendo en la mayor pobreza; al *Diácono* Arguelttes concluyendo sus días en una estancia miserable; á Rossi asesinado en Roma; y aunque por incidencia retrocedamos algunos años mas, no queremos olvidarnos de Campomanes, que ha muerto en la desgracia; de Jovellanos, que insultado, proscrito y enfermo, apenas halló un asilo donde poder espirar; de Francisco Barrón, calumniado y preso por deudas repetidas veces; de Marquisavel, en fin, decretado de complacencia contra el cardenal de Médicis, y aplicado á la tortura. Como un coloso que abarca la literatura y la política, colocaremos al autor de *Los marinos*, á Chateaubriand, que le habreis creído feble porque ha ocupado los puestos mas distinguidos de su patria; pero que no lo era porque al mismo tiempo escribía en el prefacio de sus *Memorias de Ultra-tumba* lo siguiente: «Despues de haber vestido la piel del oso, que usa el salvaje, y el castán de seda del mameluco, despues de haber padecido la pobreza y el hambre, la sed y el desierto, me he sentado como ministro y embajador, cubierto de oro, insueltas y «condonaciones, á las mesas de los reyes, en funciones de príncipes y princesas, para caer luego en la miseria y probar los harneses de una prision.» Sus cenizas descansan en un rincón de la costa de Saint Malo, así si hubiese querido huir del pantano que á los grandes hombres envigó la Francia reconocida. Panteon que hasta ahora ha dejado vacío el rencor de los partidos; pero que ofrece al genio la

dúice tranquilidad de la muerte (1). Italia ofrece en su suelo las tumbas de sus hombres mas ilustres, cual otros tantos panteones que son las fuentes de la inspiracion del genio. Inglaterra nos presenta un Westminster, para encerrar dentro de sus envejecidas paredes las cenizas de los Newton y los Shakespeare. España tiene la tumba romana y encima de ella la losa del olvido. Los hombres que han derribado la casa de Cervantes, y que quizas en estos momentos hacen lo mismo con la de Hernán Cortes, aunque se vea sobre su fachada la lápida en que consta su desgraciado fin: los que han estrandido bajo la columna columnata de un cementerio los restos de Calderón, Larra y Espronceda, solo tienen bronce para grabar sus títulos, nunca los títulos del poeta: solo tienen mármoles para alzar monumentos en holocausto suyo, nunca en holocausto del genio.

Esta es la historia del saber, esta es el catálogo de los mártires del talento. ¡Desgraciados aquellos á quienes no se les puede decir estas palabras de Lamennais, del divino Lamennais, que el cielo edificó de templo: *Vous n'avez qu'un jour á passer sur la terre, faites en sorte de le passer en pain!*... ¡Y la suerte del genio será eternamente la misma? ¿Su historia se escribirá siempre con sangre como las leyes de Dracon? Entre las sombras de la lucha á que el urbe entero indudablemente se prepara, ¿no habrá un tiro de salvacion para esos hombres que en medio de las borrascas conducen á salvo la humanidad errante? ¿Perocerán con ella?... Entonces estaremos como Laiton (2). ¡Ah! ¡Sáitese al menos el culto del talento del naufragio de todas las ideas!

R. RUA FIGUEROA.

EL PUENTE DE CURZUL

Las montañas del Cebreiro dictan la vega del Vierzo del territorio perteneciente á la provincia de Lugo. Villafranca es la primera poblacion que recibe al viajero, despues de subir las laderas de un puerto donde se encuentran los vestigios de una elevada temperatura, y los frutos de una maravillosa vegetacion. La sierra del Cebreiro no es una elevacion árida y pizarrosa como la que separa al Vierzo de la tierra de los maragatos, como Fuenteladon, donde elevándose el camino progresivamente, describe un arco de círculo, que el sol hace subir á una latitud tropical, ni tampoco es un espaldamiento de montañas cónicas como Guadarrama, donde la nieve hace perpétuo asiento sobre la greñada cabeza de los pinos seculares.

Bien dijo un célebre poeta de nuestros tiempos:—una montaña es un paisaje, lo mismo que una vela en el mar.

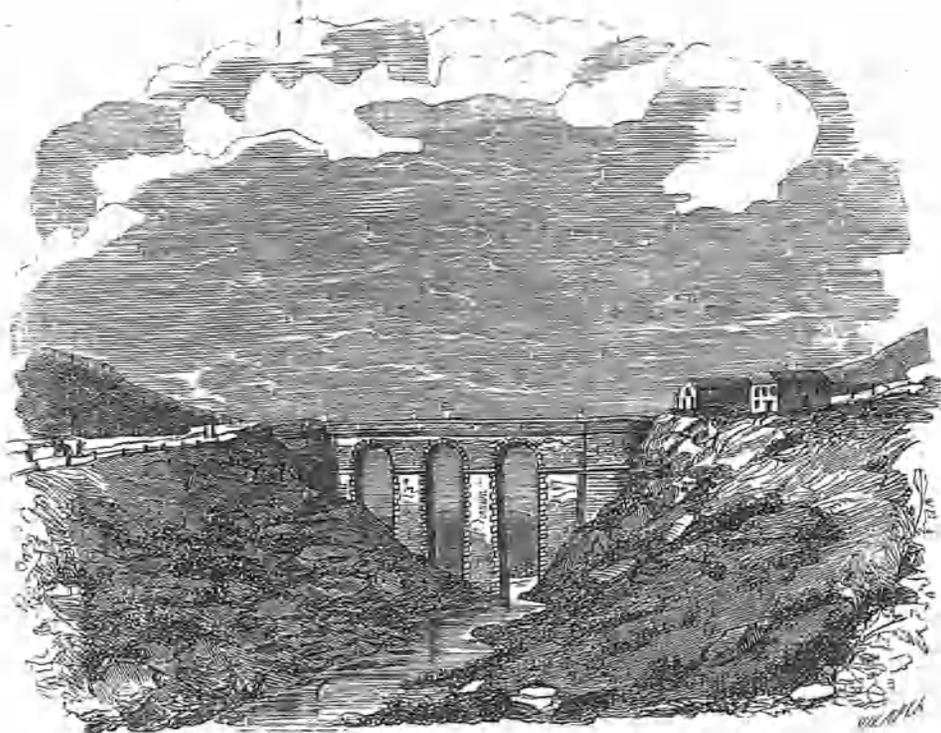
La sierra del Cebreiro, inmenso remolino de cumbres unidas por derrumbaderos insospechables, pero revestidos de la sublime poesia de una naturaleza agreste y primitiva, presenta el carácter de esas montañas seculares donde el arte no se atreve, no sabemos si por miseria ó debilidad, á levantar sus pequeños monumentos.

El viajero, que dotado de una vigorosa organizacion, desea seguir con la vista la línea alterada á trozos por un escaso riachuelo, que aquí es pozo, allí cascada, mas allá álveo caudaloso por las corrientes despeñadas durante el invierno entre robles y castaños, y comprendiendo la magia irresistible de esas perspectivas espontáneas de la naturaleza, sube ó baja la espiral formada por la carretera en Piedrafla, pareciéndose á una culebra colosal descomulgando al sol, encontrará en la sierra del Cebreiro témpanos de hielo entre escarpadas rocas, y oasis de verdura al lado de bosques húmedos, dividiendo en lontananza el humo de algunas chozas que no se ven, y el cual baja en tubos perezosos por los derrumbaderos hasta despararmarse sobre el filo que el sol blanqueará. Entonces se perciben tambien acantos humanos que salen de entre las rocas, y que pasando de piedra en piedra se multiplican hasta perderse en una melancólica modulacion.

Las chozas de los habitantes del Cebreiro tienen una apariencia primitiva, que contrasta con la ferocidad de la sierra. En medio de un follaje que dobla sus ramas sobre la carretera, ó bajo una cañada de granito, va ensanchándose un cono formado por cuatro ruideros cubiertos de paja. Cada uno de estos es la choza de un pastor. Apenas tiene puerta: un pequeño muro cierra el espacio necesario para conservar los aperos de la labranza. Al revolver por un desfiladero ó subir por una ladera se entra el viajero con un semblante humano, grave y reposado, donde el sol ha marcado grandes y profundas arrugas. Es un habitante del Cebreiro: en su fisonomía se ocha de ver el reposo de esas organizaciones que combaten la canicula y la escarcha

(1) Las cenizas de una gran parte de los hombres mas distinguidos de la Francia, sacan constantemente los de las cenizas olvidadas. Entre aquellos que meo á Miro-Bian, el primer orador de los tiempos modernos, cuyo cadáver trasladaron dos agentes de policía desde el pozo al cementerio de Clamart.

(2) Regener de Sábte Polito.



Vista del puente del Curzul.

con el pecho descubierto y los pies descalzos. Para completar esta perspectiva de miseria en el hombre, y de esplendidez en la naturaleza, es sorprendente algunas veces por una bandada de palomas silvestres, que rompen su vuelo cerca de sus pies con el atolondramiento de un ave herida, que se precipitan por aquellos derrumbaderos, ó por dos milanos que, remontándose en círculos concéntricos hasta una inmensa elevación, caen con una prodigiosa violencia sobre el mismo lugar donde habito ascendido, reposando sobre una peña de figura caprichosa, que ya se parece á un león, ya á una pirámide truncada, sobre su base. Los buyes descansan en los remansos: los pastores haraposos parecen algunas veces por su inmovilidad la terminación de una cristalización calcárea donde están sentados.

En el pequeño lugar de *Castelo* empiezan las montañas del Cebreiro, territorio celebrado por los quesos que llevan su nombre, y que formados á la caída del otoño entre pedazos de un lienzo, que podía competir con el empleado en las velas de las embarcaciones, presentan la informe esterilidad de una elaboración salvaje. La carretera, á pesar de las revueltas que forma para hacer mas llevadera la elevación de las montañas, empieza á subir desde el puente de *Senra*. El viajero atraviesa los lugares de *Cerejal*, *Nogales* y *Beauredd*. Desde que se llega á *Doncos*, pueblillo que corona la parte mas elevada de la sierra, empieza la hizada hasta *Villafranca del Bierzo*. En mulo de maragato es la jornada de un día: en la silla de postas, de algunas horas: se almuerza en *Villafranca* y se come en la *Coruña*. Entre los *Nogales* y *Doncos* se encuentra el celebrado puente de *Curzul*, cuya vista exacta y pintoresca presentamos á nuestros lectores al frente de esta página.

El puente de *Curzul* está situado á seis leguas y media de la antigua ciudad de *Lugo*, sobre el río que lleva su nombre. El camino que lo empalma con las dos montañas sobre que está asentado, ha sufrido frecuentes y repetidas renovaciones, porque la poca solidez con que habia sido construido y las grandes corrientes de agua que, desprendidas de la nieve caen en el invierno de la umbra de la sierra, hacian intransitable uno de los desfiladeros mas peligrosos de la carretera de *Castilla*. De esta suerte se construyeron gruesos muros y se desahogó el camino con espaciosas alcantarillas que permiten curso rápido y seguro á los torrentes que aumentan el cauce del río *Curzul*.

En 1792 el ingeniero don José Machado, que dirigia la carretera de *Castilla*, para evitar que el camino bajase por una pendiente escabrosa y de difícil acceso, sobre unos fuertes pilares de remota antigüedad, y que habrian quedado tal vez abandonados por lo atrevido del pensamiento, concibió el colosal proyecto de elevar un puente que, salvando el precipicio, uniese las dos colinas, como el que mas tarde se habia proyectado sobre el río *Ulla* en *S. Juan de Caba*. Este proyecto, á pesar de las inconvenientes que presentaba, no solo por

su coste, sino tambien por su desempeño, fué llevado á cabo bajo una dirección hábil é inteligente. A pesar de que los materiales de construcción estaban en las próximas canteras, y que en la obra se emplearon mas de trescientos operarios vizcaínos, la construcción del puente de *Curzul* duró mas de veinte años.

Al revolver el viajero por la espiral que forma la carretera delante de sus arcos, reconociendo la sima estrecha sobre que está colocado, se admira el arranque atrevido de sus arcos y la linea de perspectiva que forman sus andenes. Durante el invierno no es un puente para un riachuelo, como se ocha de ver durante las templadas estaciones, sino el dique de una corriente agitada por el ascudimiento del agua sobre las quiebras de las montañas, y briosa con los deshielos que se precipita de las laderas.

La elevación del puente de *Curzul* es de 102 pies sobre el nivel del río que lleva su nombre; pero su construcción es sorprendente por los andenes de piedras grandes de caliza azulada, dos pizuelas circulares en sus entradas, y seis pilares que le dan un realce extraordinario.

Después de presentará nuestros lectores la descripción pintoresca de la sierra del Cebreiro, para reconocer con mayor exactitud la importancia y elevación del puente de *Curzul* como una construcción maestra del arte, delida al célebre ingeniero gallego don José Machado, terminaremos esta relación refiriendo un suceso que ha podido comprometer la solidez y duración de esta obra. En la retirada que hicieron las tropas españolas al comenzar la guerra de la Independencia en la provincia de Galicia, el general Mahy mandó volar uno de los arcos del puente de *Curzul* para evitar que el enemigo le alcanzase antes de rehacerse y prepararse á la defensa. Esta resolución no revelaba otro inconveniente que la falta de conocimientos topográficos, por cuanto á la pequeña distancia de unos cuarenta ó cincuenta pasos, el río *Curzul* tiene un vado practicable, por el cual no solo podian atravesar los soldados, sino tambien las cureñas de la artillería y las carros de las provisiones.

Posteriormente fué renovado el arco reventado, y en la actualidad se presenta al viajero con el carácter de duración y solidez que imprime á las obras de arquitectura el aplomo y la inteligencia.

Setiembre—1849.

ANTONIO NEIRA DE MÓSQERA.

UN DIA DE CAMPO.

- Digo á Vds. que me es imposible: lo siento; pero...
 —Vamos, no hay remedio: vendrá V., ó de lo contrario perderemos las amistades. ¡No faltaba mas!
 —¡Pero si no puedo!...

—Pues no he de poder V. Esas son disculpas. ¿Qué tiene V. que hacer?

—Ha dado palabra á un amigo de estar en su casa á las dos y media.

—Con los amigos siempre se tiene cumplido.

—Pero es preciso, porque acaba de llegar de provincias...

—Nada: el muchacho irá á decir á ese amigo que le han comprometido á V. á quedarse á comer en cualquiera parte.

—No, no: es inútil. Tengo también que hacer dos visitas.

—No está V. siempre diciendo que le empalagan las visitas, y que primero se dejaría emplomar que...

—Sí, pero hay circunstancias en que es indispensable hacerlas.

—Concluyamos: V. no quiere venir con nosotros porque tal vez le desagrade nuestra compañía: en ese caso no hay más que hablar.

—Me ponen Vds. en un grave compromiso... Iré donde Vds. gusten: desde este instante estoy á su disposición.

Este diálogo tenía lugar en Madrid, día 24 de junio á las diez de la mañana, poco más ó menos (soy partidario de la exactitud en las fechas) en casa de don Toribio de... Interlocutores: el supradicho señor y mi humildísima humanidad. Testigos presenciales: la mujer de don Toribio y su hija Pepita. Por aquí he debido empezar, pero ya no hay remedio.

Fáltame decir lo que motivó la escena anterior, y lo haré en breves palabras. La casualidad, que dispone las cosas á su antojo y no siempre á nuestro gusto, hizo que yo me hallara el referido día en casa de mi amigo don Toribio, y que llegara en la peor ocasión del mundo, cuando estaban tratando de un día de campo. Así me lo dijeron, invitándome al propio tiempo á que formara parte de la caravana. Me excusé como pude, pero en vano. Después de una acalorada discusión me vi obligado... pero esto ya lo saben mis lectores... ¿Dónde estábamos?... ¡Ah! pronunciando yo aquellas terribles palabras:—Desde este instante estoy á su disposición.

—¿Así me gusta,—esclamó don Toribio:—ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos. El día se presenta hermosísimo. Tomaremos un coche y saldremos á las buca, porque hemos de ir lejos, lejos, al aire libre. ¡Oh! el campo es lo más delicioso... ¿No es V. aficionada al campo?

—Sí: me gusta... Alguna que otra vez he salido á pasear... Pero hace tanto calor...

—¿Qué! no diga V. eso; en el campo siempre hace fresco... Vamos, vamos: son las diez dadas y no hay que perder tiempo. A ver, Juan; á buscar un coche, pronto, que sea cómodo, capaz, bien suspendido...

—Voy corriendo, señor.

—Mira: si pudieras encontrar aquel en que fuimos á Valdecas hace dos meses... ese sería el más á propósito; tiene buenos caballos... Pero no te desalagas, trae el primero que encuentres.

—Bien, señor.—Y salió el criado.

—Se ha de divertir V., estoy seguro... ¡Ah! ¿dónde está Juan?

—Ya marchó á buscar el coche, dijo doña Andrea, es decir, la mujer de don Toribio.

—¡Voto val! se me olvidó... Aun puede que se le alcance á ver desde el balcón... Allí va... ¡eh! ¡muchacho! ¡Juan!... Que no vayas á traer un tres por ciento... ¿Cómo?... Bien, sí; pero no tardes.

—Hombre, no des esas voces, que alborotas la calle.

Me olvidé decir que don Toribio habitaba un tercer piso, y que aquella casa tenía entresuelo.

—¿Qué importa!—dijo don Toribio entrando en la sala:—pues no faltaba más, que no tuviera una libertad para llamar á su criado desde el balcón... Pero ¿qué haces que no vas á avisarle? ¿Qué calma tenéis, Dios mío!... es para desesperar á cualquiera... Y V. ¿piensa ir en ese traje?—añadió dirigiéndose á mí.—¿Qué disparate! Para el campo la peor ropa. Si le viniera á V. una chaqueta más de tela... Probaremos... A ver, quítese todos esos adosados, la levita, el chaleco, los guantes, la corbata... ¡Le oprimen á V. las botas?

—No señor, no: me están bastante desahogadas.

—Porque se las podía V. quitar y ponerse mis zapatos de caza.

—No hay necesidad.

A las dos segundos me hallé en mangas de camisa; y tal era mi turbación, que había empezado á desabotonar los tirantes para desnudarme también los pantalones; pero así de mí estapor al ver aparecer á don Toribio trayendo en la mano una especie de chaqueta de algodón.

—Ea, aquí está. Algo ancha le será á V., pero eso no importa: estará V. más desahogado.

Envolví mi cuerpo en aquel saco sin decir palabra pero sudando mucha.

—En... ¡magnífico!... Le sienta á V. divinamente... Voy ahora á buscar una gorra de camino, ó cualquier cosa...

—No: no hay necesidad.

—Pues no faltaba más! ¿Quiere V. estropear el sombrero en el coche?

Don Toribio era hombre de una estatura colosa (había sido Guardia de Corps) y de una erasitud mas que mediana; añadid á esto que era sumamente aficionado á gastar holgada la ropa, y formateis una idea aproximada de la rara figura que haria un individuo de cinco pies escasos y robusto como una prima de guitarra, dentro de una chaqueta de mahn del uso del referido señor. Además, la esposa de don Toribio era toda una mujer de gobierno y económica, y había sabido utilizar estas cualidades aplicando á una levita azul del mayorcito de sus hijos los botones de la chaqueta de mahn de su marido.

—Esto será bueno,—dijo don Toribio, volviendo á aparecer con un grotesco gorro de algodón, de figura cónica, encarnado y blanco, y cuya descripción sería agena de este lugar y mas propia del *Journal des Tailleurs*.—Perfectamente: ya está V. hecho un milord... Pero ¿qué hará mi mujer?... ¿Qué calma, Dios mío! ¿Andrea!

—¿Qué quieres, hombre? ¡Si nos dejarás en paz!—dijo doña Andrea entrando en la habitación con su hija Pepita, que tendría unos once años. Ambas venían hechas unas miladys, segun la expresión de don Toribio; con esto me dispensó de hacer una pintura de sus trages.

—¿Está todo corriente?—preguntó su esposa.

—Sí: ya está todo.

—¿Y los chicos? ¿están vestidos?

—Sí: ya están.

—¿Habeis arreglado la preceucion?

—Sí; hombre, sí.

—¿La habeis colocado por ultimo en el cesto grande?

—Sí: ya está.

—Bien; pues entonces ya podemos echar á andar.

—Pero ¿ha venido Juan con el coche?

—¡Voto val!... pues tienes razón... ¿Qué diablos hará aquel gaznápulo tanto tiempo por allá?... Y ¿cómo habeis puesto el pavo? ¿En pepitoria?

—¿No te he dicho ya que no; que lo hemos mandado asar?

—Tal vez no le gustará asado á don Fernando... ¿Cómo le gusta á V. mas el pavo, asado ó en pepitoria?

—De cualquier modo, contesté.

—Bien, pero dígame V. francamente...

—¿No le digo á V. que me gusta de cualquiera manera?

—Pero ¿á qué le gusta á V. mas en pepitoria?

—Sí; es verdad; en pepitoria...

—¿Lo ves, mujer? Si en cosa que vosotras pongais mano lo habeis de echar á perder siempre. Y eso que se lo dije; poule en pepitoria; pues no señor; por lo mismo ha de ser asado...

A este tiempo entraron los dos hijos de don Toribio.

—Papá, ¿cuándo nos vamos?—dijo el mayor, que tendría unos seis años—yo quiero ir en coche contigo...

—Sí, hijo, sí... Pero ¿dónde mil rayos estará aquel badulaque? Ya hace tres cuartos de hora que salió... Me parece que para buscar un coche no se necesita tanto tiempo.

—Di, mamá: ¿viene con nosotros don Fernando?—preguntaba Federico, el mayor y el mas travieso de los dos.—¡ay!... mira papá... don Fernando se ha puesto tu chaqueta... Papá...

—¿Qué quieres, hijo?... ¿Si le habrá sucedido algo?... ¿tanto tardar!

—Papá!... mira...

—Ma parece que tendrá yo que salir, porque si no...

—Papá!—repeta Federico, cada vez mas impacientado y tirando á su padre de los faldones de la levita.—Papá...

—Hija, por Dios... ¿qué quieres?... Me estás atormentando la cabeza con tus chillidos.

—Que don Fernando se ha puesto tu chaqueta.

—Bien, sí: ya lo sé; déjame en paz.

—Y el gorro que llevó Juan á las máscaras, añadió Carlitos.

—¿Qué mal parece don Fernando con la chaqueta de mi padre!—esclamaba Federico.—Y no se le ven las manos...

—Vámonos, papá, que ya es tarde—decía Carlitos.—¡Ay! mira... dice Federico que yo no voy á comer tortilla con jamon... ¿Verdad que sí?

—Sí, hombre, sí. ¿Ya estás pensando en comer!

A este tiempo sonó la campanilla.

—¡Gracias á Dios!—esclamó don Toribio, lanzándose hácia la puerta.—¡Ya era hora!... Pero hombre! ¿qué pelma eres! Una hora para buscar un coche, que es cosa de diez minutos... Vamos, vamos, añadió dirigiéndose á nosotros.—Son las once y no hay que perder tiempo... ¡Juan!

—¡Señor!

—¿Dijiste que esperara á la puerta?

—¿Quién, señor?

—¿Qué torpe eres!... ¿Quién ha de ser? el coche.

—Pues eso iba á decir: que no le he encontrado.

—¿Cómo que no?

—Me he cansado de correr por todas partes, y no he podido dar con ninguno: todos están tomados.

A estas palabras, don Toribio dió una fuerte patada en el suelo; echó un voto, se puso pálido, y con un temblor convulsivo tomó el sombrero y se dirigió á la puerta.

—¿Dónde vas?—preguntó su esposa.

—A traer una docena de coches antes de cinco minutos:—contestó furioso y salió.

Los muchachos que empezaban á ver desvanecidas sus esperanzas de ir en coche y comer tortilla con jamón, dieron principio á un duo de lamentos en octava alta, que no había límpico cristiano que pudiera escucharle. Doña Andrea se esforzaba inútilmente en ponerlos unisón por medio de amenazas que de cuando en cuando dirigía. El concierto se hacia de todo punto insoponible, hasta que la mamá-directora tomó el partido de marcar el compás con un zapato alternativamente sobre las espaldas de los jóvenes cantantes. Con aquella lección de sofleo las disonancias se hicieron menos desagradables; pero continuaba el duo *sotto voce*; y solo después de mucho tiempo se pudo lograr que llegaran al allegro, y fué cuando entró don Toribio, y con voz de bajo profundo debió: «el coche espera.»

Todos nos posimos en movimiento á esta señal. Bajamos la escalera... Efectivamente, á la puerta de la calle vimos parado un coche (por lo menos así le llamaba don Toribio).

—Ea, ir subiendo, dijo este.—¿Se olvida algo, Andrea?

—Me parece que no... ¿Has dicho á Juan que baje la prevención?

—Aquí está.—Y apareció el criado cargado con un enorme paquete.

Fuimos entrando en aquel cajón con ruedas, que, aunque bastante espacioso, no lo era tanto que pudiera dar cómoda acogida á cuantos iban subiendo. Doña Andrea, mujer de una humanidad más que regular, necesitaba la mitad del carruaje: se recurrió con su hija en la testera, con lo que quedó aquel asiento inhabilitado para contener ningún otro ser viviente, aunque hubiera sido un lagartija. Era preciso ver cómo se acomodaban las personas restantes, á saber: don Toribio (por Dios, no olvidarse que había sido Guardia de Corps); Federico, Carlitos, el cesto (esté no sé si habría sido Guardia de Corps, pero tenía para ello excelentes cualidades), y una chaqueta de mañón de don Toribio, dentro de la cual iba perfectamente metido el que relata. Todos estos objetos entraron en el coche; y yo no os diré cómo, pero es lo cierto que entraron. Don Toribio y yo ocupamos el asiento vacante; Carlitos se acomodó sobre las rodillas de su hermana; Federico sobre las de su padre, y el resto sobre las mías.

Toda la gente que pasaba por aquella calle, que es de las más transitadas de la corte, se detenía alrededor del coche á gozar del espectáculo que tan oportunamente se les presentaba. Yo estaba corrido al ver aquella turba de importunos que celebraba con grandes risotadas el cuadro vivo del género grotesco con que les obsequiábamos gratuitamente. Deseaba, por verme libre de sus insolentes miradas, que estallara una revolución, que hubiera un terremoto, un huracán, un diluvio, ó que echara á andar el coche. Al fin sucedió esto último, que era á mi modo de ver lo más difícil, y que me hizo creer en la posibilidad de ver algún día volar á un buy sin alas, y moverse una diligencia sin caballos: tan débiles me parecieron los que aparentaban tirar de nuestro coche. Los alegres espectadores de la calle nos despidieron con una salva de aplausos, y nuestro carroje empezó á rodar majestuosamente en dirección de la Puerta de Toledo.

Entonces don Toribio sacó su reloj de caja de concha y dijo: las doce, sin tenemos tiempo.

Hacia un calor horroroso. El coche no tenía cortinas ni persianas, ni cosa alguna que pudiera debilitar al menos la luz del sol, que entraba por la ventana más próxima al sitio que yo ocupaba. Así es que el sol por una parte; las codillas de doña Andrea, colocadas en frente de mí, por otra; los pies de Federico, que me acariciaban de vez en cuando las espaldas con sus bruecas sacudidas, el humo del cigarro habano que fumaba don Toribio; y más que todo el descomunal cansaño, al que iban sirviendo de cimientos mis rodillas, y que me abrumaba bajo su peso; todo esto me hacía renegar del genio campestre de don Toribio, y me tenía cargado hasta no más.

—¿Qué es eso, hombre? No parece sino que vá V. disgustado... ¿Le incomoda á V. el cansaño?

—No señor, no: voy perfectamente.

—¿Qué diablo! Es preciso sufrir un poco: todo es una hora de mal camino. No le pesará á V.: ya verá V., ya verá V. cómo nos divertimos.

—¿Qué calor!—exclamaba doña Andrea agitando su abanico.—Ha sido una locura salir á estas horas: ¡es insoponible!... En metiéndosete una cosa en la cabeza aquello ha de ser... Voy á ponerme un...

—Mira, Andrea, si has de empezar con tus historias más valé que te vuelvas á casa... Es tontería, donde hay mujeres...

—Mamá tiene razón, decía Pepita: yo estoy sudando...

—Pues, hija, aguántate: también yo sudo y soy tan bueno como vosotras. No; si sé yo esto, nos habríamos venido saliendo don Fernando y yo.

—Y yo, papá, decía Federico con muy mal gesto.

—Y yo también, añadía Carlitos...

—Sí, hijos, sí: pero con vuestra madre y hermana no se puede ir á ninguna parte

(Concluirá.)

FERNANDO MARTÍN REDONDO.



Una posición difícil de conservar.

El artista no nos dice por qué concurso de azares ó de imprudencias ha llegado su heroe al estrecho en que se halla. Se contenta con mostrárnosle sentado sobre los alambos de hierro que guardan una barrera, sin poder bajar hacia la derecha porque un toro amenaza enristrarle con sus astas: hacia la izquierda porque dos mastines ladran con furor mostrándole sus aguzados dientes: hacia adelante porque hay un pantano, ni hacia atrás porque hay un cartel que le advierte que hay trampas! En esta posición delicada, nuestro desgraciado personaje dirige tristes miradas al cielo, único camino que le aparece espedito, pero en el que busca inútilmente el medio de salvarse.

¿Qué será de él rodeado por tantos peligros? Lo que les sucede á tantos necios ó aturdidos colocados como él entre pasiones que amenazan, acreedores que ladran, humillaciones que manchan, y bribones que están tendiendo siempre trampas.

¿Cuántas personas se reirán de este individuo, sin imaginarse siquiera que no están ellos más colocados en la vida que este pobre hombre en su barrera! Pero el ridículo necesita chocar á la vista para ser conocido fácilmente. Nadie comprende, por ejemplo, lo profundamente cómicas que son las oscilaciones de la inteligencia humana á caballo en el razonamiento, y cualquiera se reirá del labriego borracho que Lutero le dá por símbolo, y que, echado sobre su hucéfalo, se levanta del derecho para caerse al izquierdo.

LA HISTORIA.

Soneto

DEDICADO Á MI QUÉRIDO GATEDRÁTICO DON EBSTAQUIO LASO.

De un olmo rey, señor de la espesura,
Bajo el ramaje descansaba un día,
Y mi mente feliz se adormecía
En dulces sueños de eternal ventura.
Del sol la llama rubilante y pura
Se hundió en los senos de la mar bravía;
Y ya la estrella en el cenit lucía,
Fiel precursora de la noche oscura.

—Tal es del hombre la existencia vana,
En rudo acento prorrumpió anhelante:
Nacer, brillar un punto, y al oscuro
Hondo abismo rodar; cuando careana
Oigo tu voz que me responde amale:
Mira á mi Cielo y te verás más puro.

FRANCISCO VILA Y GÓYRI.

Madrid—Febrero 1849.